



ASPECTOS DE LA PERSONALIDAD Y  
DE LA OBRA  
DE  
CARLOS ROMERO DE LECEA

POR  
JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ ROMERO

REAL ACADEMIA DE HISTORIA Y ARTE DE SAN QUIRCE

20 DE JUNIO DE 1999, SEGOVIA

Sr. Director. Señores Académicos. Señoras y Señores.

No es fácil hablar de quien me une el vínculo de la sangre y de quien he estado muy cerca en el trato y en los sentimientos de afecto y admiración. Pero precisamente esa cercanía, me da pie para hacer varias consideraciones, sobre algunos aspectos de la persona y de la obra de Carlos Romero de Lecea.

En primer lugar sobre su entorno familiar. Fue uno entre doce hermanos, casi una saga, integrada por individualidades sobresalientes. Hace ahora 10 años, en las páginas de ABC, con motivo de la muerte de mi madre Consuelo, seguramente la hermana con quien tuvo mayor afinidad, describí algunos rasgos de los miembros de esa generación, que se fueron, tal como yo los vi. Cito textualmente:

"El primer nombre, se llamaba Solita, la madre Fuencisla en religión. Yo no la alcancé a ver. Su imagen son retazos de conversaciones familiares. Su decidida y temprana vocación religiosa. Una extraordinaria belleza física. Cuando salía del convento, los chicos se juntaban en la calle, para ver, decían, a la monja guapa. Su muerte temprana -a los 33 años- en olor de santidad, en un Londres, lejano entonces, por la distancia y por la rigurosidad de la clausura a donde la llevó su orden para fundar".

El segundo nombre, Antonio. "Le conocí en plena juventud. Contaba cosas increíbles, para mi imaginación juvenil, sobre escuadras aladas y luceros azules. Cuando el toro de la guerra civil apareció bronco y negro en el horizonte del ruedo ibérico, acudió puntual a la cita, como su hermano Javier de estatura física solo comparable a la anchura de su corazón. Como lo hicieron la mayoría de los mejores españoles de ambos bandos. Fue de los poquísimos, citados con nombre y dos apellidos -Antonio Romero de Lecea- en el parte oficial de guerra por su heroico comportamiento. Una bala le segó la vida, en la cabeza de puente de Balaguer. Zaragoza en plena efervescencia bélica, cerró los comercios en señal de duelo. Tenía 22 años. Solía llevar en el bolsillo de estudiante un papel largo, donde apuntaba los nombres de sus novias y las horas de encontrarse con ellas para no confundirlas".

Después la lista de los demás ausentes. María, la mayor, dedicada a obras sociales y de beneficencia en Segovia a quien muchos de vosotros recordaréis. Carmen, viuda desde muy joven de un extremeño, alto, parco y cabal, desaparecido en una de las trágicas sacas de Paracuellos de Jarama. Luis, el gemelo menor de Antonio, indispensable en las grandes y pequeñas incidencias familiares. Y ahora Carlos. En esa convivencia se forjó su personalidad y entre ellos destacó.

Un apunte sobre los espacios de su juventud, en especial los segovianos. Aparte de la casa de sus padres en Madrid, calle de Fomento, 5, junto a la Plaza de Oriente, donde tres generaciones de Romero hemos nacido jugado y crecido, Carlos con sus hermanos, pasaba los dilatados veranos en la casa de Otero de Herreros, levantada por su abuelo, el cronista Lecea, como refugio en los tensos momentos del comienzo de la segunda guerra carlista. La elección de ese lugar y la construcción de la casa ocupó la atención, del entonces ministro de la gobernación, Práxedes Mateo Sagasta, que el 16 de abril de 1874, en pleno sexenio revolucionario, seguramente para sosegar la inquietud de algunos ánimos exaltados progresistas, disponía en una circular: "He dado orden para que el señor Lecea pase confinado a Otero de Herreros, dónde tiene intereses y está construyendo una mansión, de su propio peculio, a dos leguas de Segovia y por tanto es como si no saliera de ella". Esa casa, la "Casón del Moral", la heredó Carlos, la restauró con cariño y la amplió para albergar su excepcional biblioteca. Fue uno de los ejes de su intensa vida de relación social y lugar privilegiado de encuentro de relevantes figuras de las artes, de las letras, y de la política; de sus familiares y amigos, para intercambiar experiencias, cambiar impresiones, o simplemente compartir el gusto de las sobremesas, en las que Carlos con natural señorío y don de conversador, ejerció a sus anchas el sentido de la amistad y de la hospitalidad que siempre le acompañó. Las reuniones de Otero, son ya un capítulo vivo de la historia más reciente de Segovia.

Otro espacio que protagonizó buena parte de su juventud fue la casa solariega de San Francisco, 64, frente a la Academia de Artillería, integrada en el patrimonio de Lecea, a través de la rama de los Thomé de la Ynfanta y Sacristán Entero. Era un complejo de residencia, con jardines, tenis, cocheras, albercas, almacenes, fuentes, y secaderos, gran parte de los cuales estuvieron dedicados en otro tiempo al tratamiento de los paños, recuerdo de una antigua estirpe e industria segoviana, y que su madre, Manuela de Lecea Ceballos Escalera lo legó a las religiosas de María Inmaculada, dedicadas a la formación de las jóvenes. En aquellos amplios espacios, salas y corredores, desde cuyos balcones se divisaba, sobre un enrejado de ocres tejados, la silueta con cruces del monte de "La Piedad", Carlos anudó los lazos familiares y amicales, con los segovianos de su edad: los Peñalosa, Contreras, Solís, Velarde, Pezuela, Piñera, Ceballos y los "de su quinta", como el luego bibliotecario de la catedral Hilario Sanz, cuyo recuerdo y afecto le acompañaron siempre. Si la casa de Otero significó el punto de referencia de su gran capacidad de convocatoria en la madurez, la casa de San Francisco marcó el inicio de su andadura e inserción en el tejido social segoviano. Esa casa guarda -valga la digresión- para mí singulares recuerdos. En ella me aislé, un año entero, rodeado de libros, para preparar el ingreso en el Instituto de Cultura Hispánica, que marcaría luego mi ruta vital americanista. Al cabo de los años, cuando tantas veces me despertaban, en los hoteles de las altas ciudades andinas, Quito, Bogotá, La Paz, las campanadas blancas de sus iglesias barrocas, me traían el eco y la cadencia, de las recias segovianas, guardadas sin saberlo, en el fondo de mi ser, desde muy joven, en el lento discurrir de las mañanas frías, en la Casa de San Francisco.

Su trayectoria vital es difícilmente abarcable por la extensión en el tiempo y por la multiplicidad de los quehaceres: marino, jurista, financiero, investigador, bibliófilo, mecenas, viajero incansable y promotor de empresas económicas y culturales de alto bordo, servidas todas ellas con plena vocación y dedicación, cada una de las cuales bastaría por sí sola para llenar, de sobra, una vida.

En los turbulentos años universitarios de la segunda república, se distinguió como líder y dirigente de los estudiantes católicos, en la Facultad de Derecho, de la entonces Universidad Central, de Madrid. Finalizada la carrera, ingresó en el cuerpo de Auditores de la Armada. El alzamiento de julio del 36 le sorprendió en la Base Naval de San Fernando y

con los galones de guardia marina recién estrenados y el arma de reglamento en la mano, decidió en una arriesgada acción personal, la adhesión de aquel importante enclave estratégico. En la paz sirvió en varios destinos, en tierra y embarcado, como oficial auditor. Pronto cambió el rumbo. En las primeras y reñidas oposiciones de acceso directo ganó la plaza de Agente de Cambio y Bolsa, su verdadero anclaje profesional. Su labor le valió el reconocimiento de "Agente Honorario de Cambio y Bolsa de Madrid" y su nombre estuvo ligado a los acontecimientos más importantes del sector privado y a las figuras claves de la banca y de las finanzas. Juan Lladó en el Urquijo, Gamero del Castillo y Usera en el Hispano, Rodríguez Salmones en la Bolsa o Garrigues en el bufete dan cumplido testimonio de ello. Tres son las notas que caracterizaron su labor como Agente de Cambio y Bolsa. En primer lugar, el empeño en asentar la profesión de "agente", en el aspecto de fedatario, basado en la confianza de los clientes, más que en el de intermediario; en este sentido actuó como agente fedatario de la Caja de Madrid, en un sinnúmero de pequeñas operaciones, personalizando y dignificando a los tomadores de los créditos, logrando la sustitución del instrumento de garantía de la "letra", por el más personal de la "póliza". En segundo lugar, actuó como asesor bursátil de las grandes empresas, sobre todo de las que tenían un valor añadido y suponían la creación de riquezas, más que las de naturaleza financiera; manteniendo al mismo tiempo una especial preocupación y vigilancia en la defensa de los derechos e intereses de los accionistas. Este rasgo explica su participación en la Sociedad Española de Construcción Naval, en las sociedades inmobiliarias como Urbis o Vallehermoso o en las empresas del industrial Banco Urquijo. En tercer lugar mantuvo una línea de actuación, contraria a la especulación bursátil y por tanto dedicada preferentemente a las operaciones de largo plazo. Cabe señalar por último, el carácter muy personalizado y el gran volumen del despacho, basado en la confianza personal y en la seriedad de las actuaciones. Sus cualidades acreditadas, de integridad, don de consejo y sentido de la justicia, le hicieron ser llamado con frecuencia, como testamentario y persona de confianza, para llevar a buen término las herencias y legados de destacadas familias: Casa Valdés, Santa Cruz de Rivadulla, etc.

En paralelo a la labor profesional desarrolló una increíble actividad cultural, alimentada por la dedicación a los libros, en los que como bibliófilo llegó a ser un reconocido experto y por una profunda sensibilidad que le abrió de par en par las puertas de la música y sus creadores. La amistad y trato continuado con Andrés Segovia, Nicolás Zabaleta, Alberto Frühbeck, Narciso Yepes, los tres Halffter, Monserrat Caballé o Mompou son sólo algunas referencias de este capítulo fundamental, de la vida de Carlos.

No es mi intención glosar la lista de títulos de su *curriculum vitae*. Otros lo han hecho. Académico de Academias nacionales y extranjeras, directivo del Instituto de España, Gobernador de la Comisión Europea de la Cultura, Presidente de Música en Compostela, Presidente del Instituto Hispano Austriaco, Académico y Director de la Real Academia de Historia y Arte de San Quirce. Sí me interesa subrayar algún aspecto.

En la sesión necrológica que le dedicó la Real Academia de San Fernando, el director, González de Amezúa, puso de relieve su dimensión europea y como ejemplo de ella la tarea "quijotesca" que se impuso de coordinar las heterógenas Academias de Europa, meta que alcanzó —gracias a su tenacidad y derroche de esfuerzos— con la creación del "Consejo Europeo de Academias Nacionales de Bellas Artes".

A mí me importa destacar aquí una faceta, que no se ha puesto suficientemente de relieve, de la que he sido excepcional testigo y a la que él prestó atención privilegiada. Su dedicación americanista. A América, a Hispanoamérica, a Iberoamérica, los nombres no importan, Carlos se acercó, como acostumbraba hacerlo con las cosas que realmente le impor-

taban, con reflexión, con tenacidad, con pasión, sin dejar ningún flanco entregado al azar. Cumpliendo un plan preconcebido y a su costa, recorrió físicamente el continente americano, de punta a punta, en inúmeros viajes –el avión fue su segunda casa– para conocer directamente la realidad. En seguida trató y trabó relación, como era su costumbre, con las personas más representativas y capaces de colaborar en sus empeños. Entre ellos el economista chileno y fundador del Banco Interamericano de Desarrollo, Felipe Herrera, se incorporó de inmediato a uno de sus proyectos y preocupaciones prioritarios: “la financiación de la cultura”, objeto de varios seminarios celebrados en España y América, en los años 80, patrocinados por ambos. El tándem chileno español –Felipe Herrera-Romero de Lecea–, dio un nuevo enfoque al tema que luego hizo época.

Mantuvo una relación preferente con los exiliados republicanos españoles con los que compartió plenamente la solidaridad de compatriota y admiró sin reservas, su ingente labor cultural, llevada a cabo en circunstancias adversas. Me detengo sólo en tres figuras significativas, de tres acusados perfiles, asentadas en tres polos del continente. Comenzó la ruta americana en el Caribe, biografiado por Germán Arciniegas, el mar de las flotas de los galeones, en el XVI y XVII, y el del naufragio de los restos del imperio en el 98; convertido en nuestros tiempos, en la Universidad de Río Piedras, de la Isla de Puerto Rico, en remanso y refugio de un núcleo de españoles eminentes de la diáspora –entre ellos, el Nobel Juan Ramón Jiménez–. Carlos encontró allí a Pablo Casals y trabaron una amistad que perduró en el aprecio mutuo y en la comunión por la música. En Venezuela, en Caracas, su instinto de bibliófilo le acercó a Agustín Millares Carlo, maestro con mayúscula de la paleografía española, e hizo posible su regreso a España y juntos trabajaron, durante años, en empresas editoriales. Y en el otro extremo del continente, en Buenos Aires, con Claudio Sánchez Albornoz, a la sazón ejerciente de Presidente de la República Española en el exilio, pero sobre todo apasionado investigador del enigma histórico de España. La comunidad de afectos y aficiones les unió de tal modo que Don Claudio, aplicando sus extraordinarias dotes de buceador de las genealogías, descubrió, incluso, una relación familiar entre ellos –los Álvaro– y ambos acometieron con ilusión proyectos y publicaciones.

Y finalmente a América se acercó, como no podía ser menos, con los libros, pero con los libros que él producía. La editorial “Joyas Bibliográficas”, una de sus magnas creaciones y auténtico corpus facsimilar, de ambición isidoriana, por cuanto trata de poner al alcance de la mano, los documentos más significativos de nuestra cultura –la lista de los colaboradores dan la nómina completa del saber de la época: Menéndez Pidal, Azorín, Lozoya, Laín Entralgo, Sánchez Cantón, Valdecasas, Eugenio Montes, García Gómez, Julián Marías y un largo etc.– creó una colección especial, con el nombre bello de “Los Antiguos Privilegios y Documentos de la América Española”.

La inició con la publicación de los documentos y estudios de dos ciudades, no escogidas al azar y donde él mismo se retrata. Una “Santiago del Nuevo Extremo” o Santiago de Chile, porque en ella encontró el reflejo oceánico de Santiago de Compostela, tan caro a sus afectos galaicos; en Galicia contrajo matrimonio y unió a su linaje familiar el condado de Fontao. De esa ciudad escribe con emoción “¡que hermoso y evocador el nombre de Santiago del Nuevo Extremo, cuantas resonancias de la ciudad, que se nos presenta, como un nuevo Finisterre americano, en el contorno de la ciudad del apóstol!”. La otra “La Ciudad de los Reyes”, Lima, por la vinculación a Segovia que él explica con razones muy personales en el prólogo: “La Historia del Perú despierta en nosotros entrañables añoranzas familiares. Nuestro despacho lo preside el retrato de un viejo Virrey del Perú. Su hijo nacido en Lima, el Conde de Cheste, logró en España situación envidiable en las jerarquías militar, nobiliaria y de la cultura. La orla firmada por los inmortales de la Real Academia Española, en

su aniversario, está en mi biblioteca. La presencia, en nuestro hogar, de cuadros y retratos, de librerías y mobiliario, que el Conde de Cheste trajo de su Lima natal, nos vincula con hondo y apasionado afecto a la nación peruana, a la que queremos con estos pliegos, expresar nuestro homenaje". Segovia le llevó directamente a la capital del virreinato americano. Porque Segovia para Carlos Romero de Lecea, en la vastedad de sus horizontes, no fue algo accidental o complementario sino raíz y columna vertebral de lo mejor de su existencia.

Visto desde fuera, fue un triunfador, con los máximos galardones que la vida puede ofrecer a quienes luchan en buena lid. Fue joven, hasta el final, con las ilusiones intactas hasta el día mismo de su último viaje por la ruta compostelana. Tuvo el don de la comunicabilidad y de anudar la relación entre sus semejantes. De él puede, con justicia, afirmarse, "Nada de lo humano me es ajeno" y mucho menos lo fueron quienes le rodearon, sea cual fuere su clase o condición, cuyos afanes compartía, hasta en los más mínimos detalles, como propios.

Su vida interior fue tan rica como la exterior. Claro de juicio, recto de voluntad y de convicciones firmes. Le brotaba de lo íntimo, un innato sentido del humor que aplicaba, con naturalidad y modestia a sí mismo y no se explicaba por qué había recibido tantos títulos y tan altas consideraciones. Una veta profunda de fragilidad, puesta al abrigo de su férrea voluntad, le traspasaba en lo hondo. Una tarde, al visitarle en su despacho de Aravaca—donde lucía el retrato de Cheste— me confesó: "Por las noches, al quedarme solo, se me va la mano hacia el teléfono para hablar con tú madre, Consuelo, como solía, y ya no está".

Hizo un culto de la familia y de su ascendencia segoviana. De sus hijos y nietos sus mejores amigos y preparaba con especial esmero, la misa familiar en el santuario de la Fuen-cisla, que el año pasado cumplió los 102 años, de celebración ininterrumpida, desde el matrimonio de sus padres y en ella se pide a la Virgen por los fallecidos y se le presenta la ofrenda de los recién nacidos.

En el paisaje humano de Segovia, en este siglo se destacan claramente algunas cimas que le perfilan: el cronista Lecea en los comienzos, el Marqués de Lozoya en plenitud, luego Luis Felipe Peñalosa; Carlos Romero de Lecea es por derecho propio uno de ellos.

Decía Chueca Goitia hace pocos días, con "Carlos se van muchas cosas". Para algunos se va el estímulo animador y necesario, siempre atinado y generoso. Con Carlos se va también para mí, el consejero indispensable, que leía cuidadosamente, y comentaba con inteligencia y cariño, mis trabajos o esbozos y me animaba a continuarlos, especialmente los referentes a Segovia o a nuestra familia.

Termino con unas palabras sobre su figura física, prestadas de los testimonios de otros segovianos. Cito: "Alto de talla, recio de cuerpo, de aspecto severo, porte arrogante, señorial; ni el peso de los años ni las fatigas de la lucha sin tregua consiguieron abatir su espíritu ni vencer su cuerpo". Tal es el retrato que a comienzos de siglo, trazaron los contemporáneos sobre su abuelo, el cronista Lecea, y es creo, la imagen fiel, que yo os traigo aquí, en esta entrañable sesión necrológica, de la figura y del porte de Carlos Romero de Lecea. En realidad es el retrato de un linaje, que atraviesa y enriquece esta centuria segoviana.